

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1926 MONTERREY, MEXICO

CONSEJERA Y AMIGA

ALGUNA que otra vez volvía Amparo á visitar su antigua calle, por ver á los amigos que allí había dejado. Pocos días después de la Candelaria sintió deseos de realizar una expedición hacia aquella parte. Halló todo en el mismo estado; el barbero, muy ocupado en descañonar á un sargento, la saludó jovialmente; á la puerta de su casa divisó á la señora Porreta tomando el fresco, ó el sol, que ambas cosas faltaban dentro del tugurio de la comadrona, la cual hacía extraña y risible figura sentada en una silleta baja, y muy esparranada; sus piés, calzados con zapatillas de orillo, miraban uno á Poniente y otro á Levante; tenía caídas las medias, por deficiencia de ligas sin duda; en el formidable hueco del regazo descansaban sus manos, y mientras una chiquilla encanijada, nieta suya, la peinaba las canas greñas y la hacía dos *chichos* tamaños como bellotas, la insigne matrona no perdía el tiempo, y calcetaba con diligencia, manejando las metálicas agujas, que despedían vivos ful-

gotes. Al ver á la Tribuna, se echó á reir con opaca risa.

—Hola, chica... salú y fraternidá. ¿Cómo está tu madre? ¿Y la revolusi3n, cuándo la haremos? ¿Cuándo me proclamas á mi reina de España?

Y como Amparo procurase escabullirse, la vieja subió el tono de sus carcajadas, semejantes al chirrido de una polea, y que hacían temblar su vientre de ídolo chino.

—Sí, escápate, escápate...—murmuró.—Ahora bien te escapas... Ya bajarás la soberbia cuando yo te haga falta... ¿oyes, Amparo? Cuando necesitáis á la señora Pepa, venís como corderitos... ¡Quién te verá aquel día! ¿Eh?

—Dios delante, señora Pepa—contestó altiva y picada Amparo—otras la llamarán más pronto, señora. A no ser que me case...

—¡Sí, sí... echar por la boca! El tiempo todo lo vense—afirmó con profético acento la comadre, cogiendo una hilera de puntos, que se le había soltado al reir.

—Siguió Amparo calle adelante, y llamó al tablero de Carmela la encajera; pero con gran sorpresa suya, en vez de abrirse éste, se entreabrió la puerta interior que comunicaba con el portal, y se asomó Carmela animada, encendida la tez y con un júbilo nunca visto en ella.

—Entra, entra—dijo á la pitillera.

Esta entró. El cuartito estaba en desorden; recogida la almohadilla de los encajes; había un baúl abierto y ya casi colmado, y los cuadros de lentejuela y estampas devotas, que solían adornar las paredes, faltaban de ellas.

—Hola... ¿parece que vamos de viaje?—preguntó Amparo.

La respuesta de la encajera fué echarla al cuello los brazos, y pronunciar, con voz entrecortada de alegría:

—¿Luego tú no sabes, no sabes que Dios me dió la sorpresa? Ya tengo el dote, chica... me voy á Portomar á ver si me reciben allá en el convento!...

—¡Ahora que dice que se acaban las monjas!

—Las de Portomar no, mujer... esas no... hay un señor3n liberal, allá en Madrí, que pidió por ellas...

—Pero... ¿y cómo, quién te dió el dote?

—Verás... Yo echaba todos los meses un décimo á la lotería... todos los meses. Tú ya sabes que la tía me hacía trabajar los domingos por la mañana; pero por las tardes, decía: "Anda, distráete... vete un poco á rezar á la iglesia." Bien. Pues, señor, yo en vez de rezar, iba, ¿y qué hacía? Trabajaba unas puntillitas estrechas, sin que la tía lo supiese, y se las vendía á una mujer del mercado, diciéndole á Nuestra Señora: "No es pecado esto que hago, porque es para sacar á la lotería, y si saco es para entrar monja..." Pues etaquí que cada mes me tomaba mi décimo, y para que saliese bien, siempre echaba con algún santo. Unas veces llevaba de compañero á San Juan Bautista; otras, á San Antonio; otras, á Santa Bárbara... y nada: ni tristes cinco duros. Entonces dije yo para mí: hay que ir á la fuente limpia; estos compañeros no valen. ¿Y qué se me ocurrió?

Tomé un decimito con un número muy lindo, mil ciento veintidós, y se lo fui á llevar al Niño Dios de las Madres Descalzas... y le dije: mira, Jesusito, si sale premiado, la metá para ti... Tenía una carita tan alegre cuando se lo dije, lo mismo que si me entendiese. Pues ¿quién te dice, mujer...

Pausa de gran efecto.

—Quién te dice á ti... que al sorteo voy y miro la lista, y me veo un mil ciento veintidós como un sol? Me quedé aturdida, y mucho más, porque el premio era de los grandes: cerca de mil pesos. Sólo que, como la metá es del Niño, á mí me queda el dote limpio y pelado...

—¿Y tu tía?—preguntó Amparo, como si censurase el regocijo de Carmela.

—¿Y sabes, mujer, que yo quise depositar el dote para cuando ella muriese y quedarme en su compañía, y no quiso? Dice que no, que bien claro está que Dios me llama para sí... Ella tiene buscada colocación en casa de un cura... como está así, medio ciega, sólo en un sitio de poco trabajo puede servir. ¡Ay, Niño Jesús de mi alma! ¡Cuántas lagrimitas tengo lloradas aquí sin que nadie me viese! ¡Qué días! Es mejor hacer pitillos que encajes, chica. ¡Fumar, siempre fuma la gente; pero los encajes en invierno... es como vivir de coser telarañas!

Y levantándose, cogió un tiesto que estaba en la ventana y lo entregó á Amparo.

—Toma, me alegro de que hayas venido... Cuidame mucho la malva de olor, que por el camino tengo miedo de que se rompa el tarro.

Amparo cogió el tiesto y respiró el perfume de la planta, hundiendo la faz entre las aterciopeladas hojas. La encajera la miraba con sus pupilas siempre melancólicas y serenas.

—Amparo—dijo de pronto.

—¿Eh?...—respondió la Tribuna, sorprendida como si la despertasen de golpe.

—¿Te enfadas si te digo una cosa?

—No, mujer... ¿y por qué me he de enfadar?—contestó fijando sus ojos gruesos y brillantes en la futura concepcionista.

—Pues quería decirte... que por ahí te pusieron un mote.

—¿Un mote? ¿Y es cosa mala?

—Mala... ¡qué sé yo! Te llaman *la Tribuna*.

—¿Y quién me lo llama?

—Los señoritos... los hombres. Dice que fué porque el día del convite... no te parezca mal, que á mí me lo contaron así, inocentemente... te dió un abrazo uno de aquellos señores de la *Samblea*... y que te dijo...

—¡Me llamó Tribuna del pueblo!—exclamó orgullosamente la muchacha.—¡Ya se ve que me lo llamó!

—Y eso, ¿qué es, mujer?

—¿Lo qué?

—¿Eso de Tribuna del pueblo?

—Es... ya se sabe, mujer, lo que es. Como tú no lees nunca un periódico...

—Ni falta que me hace... pero dimelo tú, anda.

—Pues es... así á modo de una... de una que habla con todos, supongamos...

—¿Que habla con todos?... ¿Y te lo dijo en tu cara?... ¡El dulce nombre de María!

—Pero no hablar por mal, tonta; si no es eso... Es hablar de los deberes del pueblo, de lo que ha de hacer; es instruir á las masas públicas...

—Vamos, como una maestra de escuela... Jesús, si pensé que... ya decía yo; ¿había de ser tan descarado que se lo encajase allí, sin más ni más? Pero como por ahí se ríen cuando mentan eso...

—¡Bah!... no tienen qué hacer, y velay.

—Y... mira, ¿te digo otro cuento?

—Tú dirás...

—Me contaron... no tomes pesadumbre, que son dichos... que andaba tras de ti un señorito... de la oficialidá.

—¿Y si anda?

—Y si anda, haces muy mal en hacer caso de un oficial, mujer... A las chicas pobres no las buscan ellos para cosa buena, no y no... Y á las que son pobres y formales no se arriman, porque ven que no sacan raja...

—¡Eh! A modo... no la armemos, Carmela. A mí nadie se arrima por la raja que saque, sino por el aquel de que le gustaré, y vamos andando, que cada uno tiene sus gustos... Hoy en día, mas que digan los reaccionarios, la instrucción iguala las clases, y no es como algún tiempo... No hay oficial ni señorito que valga...

—Mujer, yo no hablé por mal... Te quise avisar, porque siempre te tuve ley, que eres así... una infeliz, un pedazo de pan en tus interioridades... Déjate de políticas, no seas tonta, y de

señoritos... Fuera de eso, ¿á mí qué se me importa? Es por tu bien...

Se dispuso Amparo á marcharse, cogiendo debajo del brazo su tarro; pero la afectuosa encajera la quiso abrazar antes.

—No quiero que quedemos reñidas... ¿Vas enfadada? Bien sabe Dios mi intención... Escríbeme á Portomar... Ya te contaré todo, todo.

Y se asomó á la puerta para ver alejarse á la garbosa muchacha, cuyo vestido de percal proyectó, por espacio de algunos segundos, una mancha clara sobre las oscuras paredes de las casas de enfrente.

DESDE la venida de Amadeo I tenían las cigarreras de Marineda á quien echar la culpa de cuantos males afligían á la Fábrica. Cuando caminaba hacia España el nuevo Rey, leíanse en los talleres, con pasión veheméntísima, todos los periódicos que decían: "No vendrá." Y el caso es que vino, con gran asombro de las operarias, á quienes la prensa roja había vaticinado que la monarquía era "un yerto cadáver, sentenciado por la civilización á no abandonar su tumba." Alguna cigarrera abogó por el hijo de Víctor Manuel, rey liberal al cabo, que daba la mano á todos y no tenía maldita la soberbia; pero la inmensa mayoría convino en que, al fin, un rey era siempre un rey, y en que la monarquía no era la república federal, verdades tan palmarias que, por último, las disidentes hubieron de reconocerlas.

Otros motivos de irritación ayudaban á soliviantar los ánimos. Escaseaban las consignas y la hoja tan pronto era quebradiza y seca, como podrida y húmeda. No, trabajo habían de pasar

los que fumasen semejante veneno; pero las que lo manejaban también estaban servidas. Al ir á estirar la hoja para hacer las capas, en vez de extenderse, se rompía, y en fabricar un cigarro se tardaba el tiempo que antes en concluir dos; y para mayor ignominia, había que echarle remiendos á la capa por el revés lo mismo que á una camisa vieja, lo cual era gran vergüenza para una cigarrera honrada y que sabe su obligación al dedillo. Las operarias alzaban los brazos ejecutando la desesperada pantomima popular, llevándose ambas manos á la cabeza, á la frente, al pecho, señalando con enérgicos ademanes el tabaco averiado é inútil, de imposible elaboración. Tan alteradas estaban, que al pasar las maestras les metían puñados de hoja en las narices, gritando que "olía á berzas"; y, envalentonándose, lo hicieron también con los Inspectores, y si el Jefe se hubiese presentado en los talleres, apostaban que con el Jefe repetirían la escena. En vano algunas maestras intentaron calmar el oleaje prometiendo, para el entrante mes, nuevas consignas: seguían las turbulencias, porque aquel Gobierno maldito, no contento con enviarlas hoja de desperdicio, para más, daba en la flor de no pagarlas. Pasaban días y días sin que la cobranza se abriese, y las pobres mujeres, tímidamente al principio, después en voz alta y angustiosa, preguntaban á las maestras: "Y luego, ¿cuándo nos darán los cuartos?" Fué en *crescendo* el run run y se convirtió en formidable marejada. El instinto que impele á los amotinados á po-

nerse á las órdenes de alguien, aconsejó á las operarias del taller de cigarrillos arrimarse á Amparo buscando el calor de su tribunicia frase. Halláronse chasqueadas: Amparo no dió fuego. Oyó á todas y convino con ellas en que, efectivamente, era una picardía no pagarlas lo suyo; y, ventilado este punto, siguió liando pitillos, sin añadir arenga, excitación, sermón político ni cosa que lo valiese. Admiradas se quedaron las turbas de semejante frialdad. ¡Si pudiesen penetrar en lo íntimo del alma de Amparo, en aquellos inexplorados rincones donde quizás ella misma no sabía con total exactitud lo que guardaba! ¡Si hubiesen visto brotar una figurita chica, chica, remotísima, como las que se ven con los anteojos de teatro cogidos á la inversa, pero que iba creciendo con rapidez asombrosa, y que en la nomenclatura interior de las ilusiones se llamaba *señora de Sobrado!* ¡Si advirtiesen cómo esa *señora*, microscópica, aun vestida del color del deseo, iba avanzando, avanzando, hasta colocarse en el eminente puesto que antes ocupaba la Tribuna, que se retiraba al fondo envuelta en su manto de un rojo más pálido cada vez!

Atribuyóse á otras causas la indiferencia de la oradora. Amparo tenía los dedos listos y una boca no más que mantener; la crisis económica no podía importarla tanto cómo á las que reunían seis hijos, tres ó cuatro hermanos, familia dilatada, sin más recursos que el trabajo de una mujer. El tiempo corría, y en la tienda se cansaban de fiarlas; se veían pérdidas; ¿cómo

salir del apuro? ¡A los angelitos no era cosa de darles á comer las piedras de la calle! Guadiana, hablando de su sordo-muda, partía el corazón; ella primero consentía morir, que privar á la niña de su cascarillita con azúcar y de su pan fresco de trigo; si era preciso, pediría una limosna: no sería la primera vez; y al oír esto todas sus amigas la atajaron: ¡pedir limosna! ¡qué humillación para la Fábrica! No; se ayudarían mutuamente, como siempre; las que estaban mejor se rascarían el bolsillo para atender á las más necesitadas; y, en efecto, así se hizo, verificándose numerosas cuestaciones, siempre con fruto abundante.

Cierto día se difundió por la Fábrica siniestro rumor: Rita de la Riberilla, una operaria, había sido cogida con tabaco. ¡Con tabaco! ¡Jesús, si parecía una santa aquella mujer chiquita, flaca, con los ojos ribeteados de llorar, que solía atarse á la cara un pañuelo negro á causa, quizá, del dolor de muelas! Pero algunas cigarreras, mejor informadas, se echaron á reír: ¿dolor de muelas? ¡ya baja! Era que su marido la solfeaba todas las noches, y ella, por tapar los tolondrones y cardenales, se empañicaba así; también una vez se había presentado arrastrando la pierna derecha y diciendo que tenía reuma, y el reuma era un lapo atroz del esposo. Cuando llevaron á la culpable al despacho del Jefe, lo primero que hizo fué llorar sin responder; y al cabo, hostigada ya, asaeteada á preguntas, se resolvió á confesar que "su hombre" la abría á golpes si no le llevaba todos los días

tres cigarros de á cuarto... La Comadreja, con su carilla puntiaguda, cómicamente fruncida, remedaba á la perfección los entrecortados sollazos, el hipo y las súplicas de la delincuente.

—Tres cig...aaarros, señor menistrad...oor, tres cig...aaaarros solo, que aún yo de aquí viva no saaal...ga si otra triste hilacha de taaab...aco apañé... que yo no lo hiiiice por cubicia, tan cierto como que Dios bendito está en los diiiiivinos sielos, sino que el hombre me da con el formón, que, perdonando la cara de usted, en una pierna me cortó la carne, que puedo enseñar la llaga, que aún no curó... Y él sólo quiere el tabaco para fuumar, que no es para vender ni hacer negocio... Y ahora yo pierdo el pan, y mis hijos también... Porque, escuche y perdone; él me decía: ya que no traes cuartos hace un mes á la casa, tan siquiera trae cigarros, bribona...

El taller entero, á vueltas de la risa que le causaba la graciosa mímica de Ana, rompió en exclamaciones de lástima: robar no estaba bien hecho, claro que no; pero también hay que ponerse en la situación de cada uno: ¿cómo se había de gobernar la infeliz, si su marido la tundía y hacía picadillo con ella? ¡Ay! ¡Dios nos libre de un mal hombre, de un vicioso! En fin, no era razón dejar morir de hambre á los chiquillos de la Rita; la Fábrica daba limosna á bastantes pobres de fuera: con más motivo á los de dentro; y la maestra recorrió el taller con el delantal hecho bolsa, y llovieron en él cuartos, *pe- rros* y monedas de diferentes calibres en gran

abundancia. Al llegar frente á Amparo, ésta tuvo un rasgo que fué aplaudidísimo y la conquistó otra vez gran popularidad. Hacía ya una semana que la pitillera vivía del crédito, porque sus gastos de vestir la traían siempre atrasada; y cuando la cuestora se acercó á pedir, no tenía la futura señora de Sobrado ni un ochavo roñoso en el bolsillo. Pero, cosa de un mes antes, había realizado uno de sus caprichos, comprando con las economías, en otro tiempo destinadas á salvar á la Asamblea, un par de pendientes largos de oro bajo, que eran su orgullo: quitóselos sin vacilar, y los echó en el delantal de la maestra. Alzóse un clamoreo, una aprobación ruidosa y vehemente, gritos agudos, voces humedecidas por el llanto, bendiciones casi inarticuladas, y al punto dos ó tres objetos más de escaso valor, una sortija de plata, un dedal de lo mismo, vinieron despedidos desde las mesas próximas, cayeron en el delantal y se mezclaron con la calderilla.

Aquella tarde, al salir de los talleres, vieron las operarias, colgado cerca del quicio de la puerta, el cartel de rigor:

“Habiendo sido cogida con tabaco en el acto del registro la operaria del taller de cigarros comunes, Rita Méndez, del partido núm. 3, rancho 11, queda expulsada para siempre de la Fábrica. — *El Administrador Jefe*, FULANO DE TAL.”

Colocadas á ambos lados de la escalera, las cuadrilleras vigilaban para que el despejo se

hiciese con orden; y sentadas ya en sus sillas, esperaban las maestras, más serias que de costumbre, á fin de proceder al registro. Acercábanse las operarias como abochornadas, y alzaban de prisa sus ropas, empeñándose en que se viese que no había gatuperio ni contrabando... Y las manos de las maestras palpaban y recorrían con inusitada severidad la cintura, el sobaco, el seno, y sus dedos rígidos, endurecidos por la sospecha, penetraban en las faltriqueras, separaban los pliegues de las sayas... Mientras, los bandos de mujeres iban saliendo con la cabeza caída—humilladas todas por el ajeno delito;—y el reloj antiguo de pesas, de tosca madera, pintado de color ocre con churriguerescos adornos dorados, que grave y austero como un juez adornaba el zaguán, dió las seis.

DÓNDE VIVÍA LA PROTAGONISTA

EL barrio de Amparo era de gente pobre; abundaban en él cigarreras, pescadores y *pescantinas*. Las diligencias y los carruajes, al cruzarlo por la parte de la Olmeda, lo llenaban de polvo y ruido un instante, pero presto volvía á su mortecina paz aldeana. Sobre el parapeto del camino real que cae al mar, estaban siempre de codos algunos marineros, con gruesos zuecos de palo, faja de lana roja, gorro catalán; sus rostros curtidos, su sotabarba poblada y recia, su mirar franco, decían á las claras la libertad y rudeza de la vida marítima; á pocos pasos de este grupo, que rara vez faltaba de allí, se instalaba, en la confluencia de la alameda y la cuesta, el mercadillo: cestas de marchitas verduras, pescados, mariscos; pero nunca aves ni frutas de mérito.

Lo más característico del barrio eran los chiquillos. De cada casucha baja y roma, al lucir

el sol en el horizonte, salía una tribu, una pollada, un hormiguero de ángeles, entre uno y doce años, que daba gloria. De ellos los había patizambos, que corrían como asustados palmípedos; de ellos derechos de piernas y ágiles como micos ó ardillas; de ellos bonitos como querubines, y de ellos horribles y encogidos como los fetos que se conservan en aguardiente. Unos daban indicios de no sonarse los mocos en toda su vida, y otros se oreaban sin reparo, teniendo frescas aún las pústulas de la viruela ó las ronchas del sarampión; á algunos, al través de las capas de suciedad y polvo que les afeaban el semblante, se les traslucía el carmín de la manzana y el brillo de la salud; otros ostentaban desgreñadas cabelleras, que si ahora eran zaleas ó ruedos, hubieran sido suaves bucles cuando los peinaran las cariñosas manos de una madre. No era menos curiosa la indumentaria de esta pillería que sus figuras. Veíanse allí gabanes aprovechados de un hermano mayor, y tan desmesuradamente largos, que el talle besaba las corvas y los faldones barrían el piso, si ya un tijeretazo oportuno no los había suprimido; en cambio, no faltaba pantalón tan corto que, no logrando encubrir la rodilla, arregazaba impudicamente descubriendo medio muslo. Zapatos, pocos, y esos muy estropeados y risueños, abiertos de boca y endeblillos de suela; ropa blanca, reducida á un jirón, porque, ¿quién les pone cosa sana para que luego se revuelquen en la carretera, y se den de mojicones todo el santo día, y se cojan á la

zaga de todos los carruajes, gritando: "¡Tralla, tralla!"

De lo que ninguno carecía era de cobertera para el cráneo: cuál lucía hirsuta gorra de pelo, que le daba semejanza con un oso; cuál un agujereado fieltro sin forma ni color; cuál un canasto de paja tejido en el presidio, y cuál un enorme pañuelo de algodón, atado con tal arte, que las puntas simulaban orejas de liebre. ¡Oh, y qué cariño profesaban los benditos pilluelos á aquella parte de su vestimenta! Antes se dejarían cortar el dedo meñique que arrancar la gorra ó el sombrero; nada les importaba volver á casa de noche sin una pierna del calzón ó sin un brazo de la chaqueta; pero con la cabeza descubierta, sería para ellos el más grave disgusto.

Vivía el barrio entero en la calle, por poco que el tiempo estuviese apacible y la temperatura benigna. Ventanas y puertas se abrían par en par, como diciendo que donde no hay no importa que entren ladrones; y en el marco de los agujeros por donde respiraban trabajosamente los ahogados edificios, se asomaba ya una mujer peinándose las guedejas, y de la cual sólo distinguía el transeunte la rápida aparición del brazo blanco y la obscura aureola del cabello suelto; ya otra, remendando una saya vieja; ya lactando á un niño, cuyas carnes rollizas doraba el sol; ya mondando patatas y echándolas, una á una, en grosera cazuela... Esta vecina atravesaba con la *sella* de relucientes aros camino de la fuente; aquélla se acomodaba á sacudir un refajo ó á desocupar, mirando hacia

todos lados con recelo, una jofaina; la de más acá salía con ímpetu á administrar una mano de azotes al chico que se tendía en el polvo; la de más allá volvía con una *pescada*, cogida por las agallas, que se balanceaba y le flagelaba el vestido. Todas las excrecencias de la vida, los prosaicos menesteres que en los barrios opulentos se cumplen á sombra de tejado, salían allí á luz y á vistas del público. Pañales pobres se secaban en las cancillas de las puertas; la cuna del recién nacido, colocada en el umbral, se exhibía tan sin reparo como las enaguas de la madre... Y no obstante, el barrio no era triste; lejos de eso, los árboles próximos, el campo y mar colindantes, lo hacían por todo extremo saludable; el paso de los coches lo alborotaba; los chiquillos, piando como gorriones, le presentaban por momentos singular animación; apenas había casa sin jaula de codorniz ó jilguero, sin alelíes ó albahaca en el antepecho de las ventanas; y no bien lucía el sol, las barricas de sardinas arenques, arrimadas á la pared y descubiertas, brillaban como gigantesca rueda de plata.

Tampoco faltaban allí comercios que, acatando la ley que obliga á los organismos á adaptarse al medio ambiente, se acomodaban á la pobreza de la barriada. Tiendecillas angostas, donde se vendían zarzas catalanas y pañuelos; abacerías de sucio escaparate, tras de cuyos vidrios un galán y una dama de pastaflora se miraban tristemente viéndose tan mosqueados y tan añejos, y las cajas *tremendas* de fósforos

se mezclaban con garbanzos, fideos amarillos, aleluyas y naipes; figones que brindaban al apetito sardinas fritas y callos; almacenes en que se ferriaban cucharas de palo, cestería, cribas y zuecos: tal era la industria de la cuesta de San Hilario. Allí se tuvo por notable caso el que un objeto adquirido se pagase de presente, y el crédito, palanca del moderno comercio, funcionaba con extraordinaria actividad. Todo se compraba al fiado; cigarrera había que tardaba un año en saldar los chismes del oficio. Reinaba en el barrio cierta confianza, una especie de comadrazgo perpetuo, un comunismo amigable: de casa á casa se pedían prestados, no solamente enseres y utensilios, sino "una sed," de agua, "una nuez," de manteca, "un chisquito," de aceite, "una lágrima," de leche, "un nadita," de petróleo. Avisábanse mutuamente las madres cuando un niño se escapaba, se descalabraba ó hacía cualquier diablura análoga; y como el derecho de azotar era recíproco, las infelices criaturas estaban en peligro de ser vapuleadas por el barrio entero.

Pronto se acostumbró la madre de Amparo á su nueva vecindad: tenía la cama próxima á la ventana, y nadie pasaba por allí sin detenerse á conversar un rato... Las pescaderas la referían sus *lances*, y la tullida compraba desde su lecho sardinas, pedía agua, oía chismes sin número, forjándose en cierto modo la ilusión de que tomaba el aire libre... Por lo que hace á Amparo, fué presto la reina del barrio: reianse los marineros, abierta la boca de oreja á ore-

ja, dilatando sus anchos semblantes de tritones, cuando la veían pasar; los carabineros del Resguardo la echaban flores... Casi todos manifestaron sentimiento al saber que "andaba" con un oficial, un señorito de allá del barrio de Abajo.

XXXI

PALABRA DE CASAMIENTO

DESDE que tuvo secretos que confiar, por natural instinto Amparo se arrimó á la Comadreja más que á Guardiania. Esta andaba no sé cómo, medio enferma, con la paletilla caída, según decía; y por más que se la levantó una saludadora con los rezos y ensalmos de costumbre, la paletilla seguía en sus trece, y la muchacha tristonaa, pensando en cómo quedaban sus pequeños si se muriese ella. Hallaba Amparo en el semblante de Guardiania no sé qué limpidez, qué tranquilidad honesta, que la helaban en los labios el cuento de amores cuando iba á empezarlo; al paso que Ana, con su nervioso buen humor, su cara puntiaguda rebosando curiosidad, convidaba á hablar. Amparo la tomó por confidente y hasta por compañera. Ana, viuda á la sazón de su capitán mercante, que andaba allá por Ribadeo, se prestó gustosa á ser, en cierto modo, la dueña guardadora de la Tribuna. Por su parte Baltasar se apoderó de Borrén. Estaban aún los dos enamorados en el período comunicativo.

—¿Te dió palabra de casarse contigo?— preguntaba á su amiga.

—No cuadró que yo se la pidiese... Una vez, con disimulo, le indiqué algo... ¡Si no fuese por la familia! ¡La madre, sobre todo, que es así! Y Amparo cerraba el puño.

—¡Bah! Vé tomando paciencia once añitos, como yo... ¡Y si después lo consigues!...

—No, pues si no quiere casarse... me parece que le doy despachaderas.

Ana notó, en estas bravatas, que se tambaleaba el alcázar de la firmeza tribunicia. Desde entonces su curiosidad perversa la espoleó, y en cierto modo la halagó la idea de que todas, por muy soberbias que fuesen, paraban en caer como ella había caído. Organizóse una especie de sociedad compuesta de cuatro personas: Amparo, Ana, Borrén y Baltasar; cada vez que celebraba sesión esta sociedad, ya se sabía que la Comadreja "cargaba", con el ronco y galanteador Borrén. Entreteníale con pesadas bromas, con todo género de indirectas y burletas, subrayadas por la risa de sus labios flacos, por el fruncimiento de su hocico de roedor. Ana sabía, como acostumbraba saberlo todo, la historia de Borrén, ó, por mejor decir, su carencia de historia; y este carácter incisivo del incansable faldero daba pié á la Comadreja para crucificarle á puras chanzas, para clavarle mil alfileres, para abrasarle. La travesura de pilluelo vicioso que distinguía á Ana la sirvió para olfatear la horrible timidez, el pánico extraño que afligía á aquel hombre

tan pródigo de requiebros, tan aficionado al aroma del amor, y tan incapaz, por carácter, de gustarlo, como los soñadores que contemplan la luna de descolgarla del firmamento. ¡Pobre Borrén! Desde el sarcasmo hasta la mal rebozada injuria, todo lo devoró con resignación que podría llamarse angelical, si virtudes de este linaje negativo no fuesen más dignas del limbo que del cielo.

Vestía la primavera de verdor y hermosura cuanto tocaba, y convidados por la amable estación, los cuatros socios acostumbraban aprovechar las tardes de los días festivos, solazándose en los huertos que abundan en la vega marinada, dominada por el camino real. Pese á su temperamento calculador y enemigo del escándalo, Baltasar cedía á la vehemente codicia del aromático veguero, hasta el punto de acompañar en público á la muchacha, si bien concretándose á aquel apartado rincón de la ciudad. Hacíalo, sin embargo, con tales restricciones, que Amparo se figuraba que le comprometía dejándose ver á su lado.

En la vega se cultivaban hortalizas y algún maíz; pero la prosa de este género de labranza la encubría la estación primaveral, vistiéndola con apretada red de floración; la col lucía un velo de oro pálido; la patata estaba salpicada de blancas estrellas; el cebollino parecía llovido de granizo copioso; las flores de coral del haba relucían como bocas incitantes, y en los linderos temblaban las sangrientas amapolas, y abría sus delicadas flores color lila el erizado

cardo. Los sembrados de maíz, cuyos cotiledones comenzaban á salir de la tierra, hacían de trecho en trecho cuadrados de raso verdegay. Sobre todo, un rincón había en la vega, donde la naturaleza, empeñada en vencer con su espontaneidad los artificios de la horticultura, lograba juntar, alrededor de un rústico pozo que suministraba muy fresca agua, dos ó tres olmos más anchos que copudos, un grupo gracioso de mimbres, helechos y escolopendras, un rosal silvestre, algo, en fin, que rompía la uniformidad de la hortaliza. Aquel paraje era el favorito de Amparo y Baltasar, sobre todo desde que al lado, en los fresales, cuajados de flor blanca, empezaba á madurar el rojo fruto. El día de San José, Baltasar consiguió ya recoger para la muchacha media docena de fresas en una hoja de col. Hasta mediados de Abril aumentó la cosecha de fresilla; á principios de Mayo comenzaba á disminuir, y escasearon los fresones de pulpa azucarosa, que tan suavemente humedecían la lengua. Un domingo del hermoso mes, hallándose reunida la *partie carrée* en la huerta á pretexto de fresas, ya á duras penas se rastreaba alguna escondida entre las hojas y gulusmeada de babosas y caracoles.

— Don Enrique — exclamaba Ana dirigiéndose á Borrén — ¿cuántas ha cogido V. ya? ¿Una y media? A ese paso, dentro de quince días las probaremos. No sirve V.... ni para coger fresas.

— ¿Cómo que no? Mire V. una preciosa que

pillé ahora mismo... Le digo á V., Anita, que sirvo para el caso.

— ¿A ver? ¡Eso es lo que V. encuentra! Comida de bicharracos... ¡Uuuuy!

— ¿Qué pasa? — exclamó solícito Borrén.

— ¡Un babosón! — chilló ratonilmente Ana, sacudiendo los dedos y disparando el glutinoso animalucho al rostro de Borrén, que se pasó apaciblemente el pañuelo por las mejillas, amenazando á la Comadreja con la mano.

Amparo y Baltasar estaban un poco más desviados, y cerca del pozo que sombreaban los árboles. Picaban por turno las pocas fresas que tenía Amparo en el regazo sobre una hoja de berza. Las habían recogido juntos, y al hacerlo, sus manos trémulas y ávidas se encontraron entre el follaje.

— ¡Eh... dejar algunas! — les gritaba inútilmente Ana.

Amparo comía sin saber qué, por refrescarse la boca, donde notaba sequedad y amargor. Borrén miraba paternalmente al grupo, con ojos lánguidos de carnero á medio morir. La Tribuna pedía cuentas; Baltasar estaba por todo extremo obediente y cortés.

— ¿Conque no fué V. á las Flores de María?

— No, mujer... por quien soy que no fuí. ¿No ves? Hoy es domingo; estarán llenas de gente las Flores, y el paseo brillante, con música y todo; y yo no pienso poner los pies en él.

— Los días de fiesta... ¡vaya que! Sólo faltaba... es el único día que uno tiene libre; y se había V. de ir al paseo! ¿Pero ayer? ¿No entró

V. ayer en San Efrén? ¿No cantaba la de García?

—¡Para lo bien que canta, hija! Parece un grillo.

—Pues ella dicen que se alaba de que va allí toda la oficialidá por oirla.

—Alabará... ¿qué sé yo? Si no la veo hace mil años... Esa fresa es mía—exclamó arrebatando una que Amparo llevaba á sus labios. Ella se la dejó robar, confusa, ruborizada y satisfecha.

—Y á su casa... ¿tampoco va V.?

—Tampoco... no seas celosa, chica. ¿Por qué hemos de hablar siempre de la de García, y no de ti? ¡De nosotros!—añadió con expresión de contenida vehemencia. Sintió la muchacha como una ola de fuego que la envolvía desde la planta de los piés hasta la raíz del cabello, y después un leve frío que le agolpó la sangre al corazón. Borrén se aproximó á la amante pareja, abriendo las manos llenas de tierra y de fresas despachurradas.

—Ya me duelen los riñones de andar á gatas—dijo.—Podíamos merendar... si á Vds. no les molesta, pollos.

—Por mí...—murmuró Amparo. Ana se acercaba también, trayendo una servilleta anudada, que desató y tendió sobre el brocal del pozo. Reduciase la merienda á unos pastelillos de dulce y una botella de moscatel, regalo de Baltasar. Fuéles preciso beber por un mismo vaso, único que había, y Ana, que era asquillosa y aprensiva, prefirió echar tragos por la botella, sin recelo de cortarse con los agudos

cristales del roto gollete. Sus carrillos chupados se colorearon, su lengua se desató más que de costumbre; y por vía de diversión empezó á coger tierra á puñados y á esparcirla por la cabeza de Borrén. Después, levantándose, le propuso que "hiciese el remolino". Borrén no quería, ni á tres tirones; pero la Comadreja le asió de las manos, estribó en las puntas de los piés, muy juntas y arrimadas á las de su pareja, y echando el cuerpo atrás y dejando caer la cabeza hacia la espalda, empezó á girar, con gran lentitud al principio; poco á poco fué acelerando el volteo, hasta imprimirle vertiginosa rapidez. Cuando pasaba se veían un punto sus pómulos encendidos, sus ojos vagos y extraviados, su boca pálida, abierta para respirar mejor, su garganta espasmodizada, rígida; mas no tardaba ni medio segundo en presentarse la asustada faz de Borrén, que se dejaba arrastrar sin que acertase á decir más palabra que "por Dios.... por Dios..." con no fingida congoja. De repente se detuvo la peonza humana, con brusco movimiento, y se oyó un grito gutural. Ana se aplanó en el suelo.

Al ir á socorrerla, notó Amparo que ya no estaba sonrosada, sino del color de la cera, y que se la veía el blanco de los ojos. Baltasar subió precipitadamente el cubo del pozo, y casi lleno se lo volcó encima á la mareada Comadreja. Frotáronla mucho los pulsos y las sienes con el fresco líquido, y al fin la pupila fué bajando al globo de la córnea, mientras el pecho se dilataba con ruidoso suspiro. Dos minu-

tos después estaba Ana en pié; pero quejándose de la cabeza, del corazón; declarando que tenía los huesos rotos, que se moría de frío; todo en voz tan baja y lastimera, que nadie la tomaría por la petulante moza de antes del desmayo.

—Mujer, vente á mi casa, te daré ropa seca —dijo Amparo.

—No, á la mía, á la mía... El cuerpo me pide cama.

—Duermes conmigo.

—No, á mi casita —insistió la abatida Comadreja.—Si va conmigo una fiebre, quiero estar en mis reales. Ea, adiós.

—Toma mi mantón siquiera —porfió la Tribuna.

—Bueno, venga... ¡Brr! Estoy hecha una sopa.

Y Ana, saludando con su esqueletada mano, ademán que indicaba un resto de intención festiva que aún retoñaba en ella, tomó el sendero que conducía al camino real. Entonces Baltasar miró á Borrén fijamente, con ojos expresivos, más claros y categóricos que palabra alguna. Hay que decir—en abono del confidente universal—que titubeó. Sin alardear de moralista, bien puede un hombre blanco, que viste uniforme y peña barbas, encontrar que ciertos papeles son desairados y tontos. Una cosa es hablar, acompañar, animar, y otra... Por lo menos así pensaba Borrén, que más tenía de sandio rematado que de perverso. Y no obstante su repulsión, no supo resistir á la segunda ojeada, coercitiva al par que suplicante, del amigo. Bebió la

hiel hasta las heces, y echó tras la Comadreja pisando aturdidamente coles y maíz tierno.

—Espere V., Anita, que la acompaño...—murmuraba.—Espere V...; puede ocurrírsele á V. algo.

Encogióse de hombros Ana, y acertó el paso para dejar que se uniese Borrén. Emparejaron y caminaron en silencio por la carretera; Ana con los labios apretados y algo escalofriada y temblorosa, á pesar de ir muy arropada en el mantón. Al llegar á la entrada de la ciudad, la cigarrera se volvió y midió á Borrén con despreciativa ojeada de piés á cabeza.

—¿Se la ocurre á V. alguna cosa?—preguntó él medio desvanecido aún, con ronquera que rayaba en afonía.

—Nada—respondió ella bruscamente.—Y después, fijando en los de Borrén sus ojuelos verdes:—D. Enrique—añadió—¿sabe V. lo que venía pensando?

—Diga V....

—Que es V. una alhaja.

—¿Por qué me dice V. eso, bella Anita?—pronunció ya afablemente Borrén, que al verse entre gentes y en calles transitadas había recobrado su aplomo.

—Porque... que uno se marche cuando enferma... ¡Pero V.! Pero ¡qué hombres!—articuló con ira.—¡Si aunque se acabase la casta... no se perdía tanto así! Vaya, abur... que estoy medio trastornada y me da poco gusto ver gente.

—Iré con V. por sí...

—¿V.?—murmuró ella entre irónica y desde-

fiosa.—¿Para qué? Abur, abur; ¡que si lo ven con una muchacha de mi clase! Abur.

Y la Comadreja se escurrió por una callejuela, dejando á Borrén sin saber lo que le pasaba.

Cuando Baltasar y la oradora se quedaron solos, la tarde caía, no apacible y glacial como aquella de Febrero, sino cálida, perezosa en despedirse del sol; nubes grises, pesados cirros se amontonaban en el cielo; el mar, picado y verdoso, mugía á lo lejos, y una franja de topacio orlaba el horizonte por la parte del Poniente. Amparo tuvo un instante de temor.

—Me voy á mi casa—dijo levantándose.

—¡Amparo... ahora no!—pronunció con suplicantes inflexiones en la voz Baltasar.—No te marches, que estamos en el paraíso.

La Tribuna, paralizada, miró en derredor. Mezquino era el paraíso en verdad. Un cuadro de coles, otro de cebollas, el fresal polvoroso, hollado por los piés de todo el mundo; los olmos bajos y achaparrados, los acirates llenos de blanquecinas ortigas, el pozo triste con su rechinante polea; mas estaban allí la juventud y el amor para hermosear tan pobre edén. Sonrió la muchacha, posando blandamente en Baltasar sus abultados ojos negros.

—¿Por qué quieres escaparte, vamos?—interrogó él con dulce autoridad.—Si te escapas siempre de mí, si parece que te doy miedo, no tendrá nada de extraño que yo me vaya también al paseo, ó adonde se me ocurra. Ya lo sabes.—Y acercándose más á ella, abrasándola el

rostro con su anhelosa respiración:—¿Me voy al paseo?—preguntó.

Amparo hizo un movimiento de cabeza que bien podía traducirse así:—No se vaya V. de ningún modo.

—Me tratas tan mal...

—¿V. qué quiere que haga?

—Que te portes mejor...

—Pues hablemos claro—exclamó ella, sacudiendo su marasmo y apoyándose en el brocal del pozo.

La roja luz del ocaso la envolvió entonces, su rostro se encendió como un ascua, y por segunda vez le pareció á Baltasar hecha de fuego.

—Di, hermosa...

—V.... quiere comprometerme... ¡quiere conducirse como se conducen los demás con las muchachas de mi esfera!

—No por cierto, hija; ¿de dónde lo sacas? No pienses tan mal de mí.

—Mire V. que yo bien sé lo que pasa por el mundo... mucho de hablar, y de hablar, pero después...

Baltasar cogió una mano, que trascendía á fresas.

—Mi honor, D. Baltasar, es como el de cualquiera, ¿sabe V.? Soy una hija del pueblo; pero tengo mi altivez... por lo mismo... Conque... ya puede V. comprenderme. La sociedad se opone á que V. me dé la mano de esposo.

—¿Y por qué?—preguntó con soberano desparpajo el oficial.

—¿Y por qué?—repitió la vanidad en el fondo del alma de la Tribuna.

—No sería yo el primero, ni el segundo, que se casase con... Hoy no hay clases...

—Y su familia... su familia... ¿piensa V. que no se desdeñarían de una hija del pueblo?

—¡Bah!... ¿qué nos importa eso? Mi familia es una cosa, yo soy otra—repuso Baltasar impaciente.

—¿Me promete V. casarse conmigo?—murmuró la inocentona de la oradora política.

—¡Sí, vida mía!—exclamó él, sin fijarse casi en lo que le preguntaban, pues estaba resuelto á decir amén á todo.

Pero Amparo retrocedió.

—¡No, no!—balbució, trémula y espantada.—

No basta el jarabe de pico... ¿Me lo jura V.?

Baltasar era joven aún y no tenía temple de seductor de oficio. Vaciló, pero fué obra de un instante; carraspeó para afianzar la voz y exhaló un

—Lo juro.

Hubo un momento de silencio en que sólo se escuchó el delgado silbo del aire cruzando las copas de los olmos del camino y el lejano quejido del mar.

—¿Por el alma de su madre? ¿por su condenación eterna?

Baltasar, con ahogada voz, articuló el perjurio.

—¿Delante de la cara de Dios?—prosiguió Amparo ansiosa.

De nuevo vaciló Baltasar un minuto. No era

creyente macizo y fervoroso como Amparo, pero tampoco ateo persuadido; y sacudió sus labios ligero temblor al proferir la horrible blasfemia. Una cabeza pesada, cubierta de pelo copioso y rizo, descansaba ya sobre su pecho, y el balsámico olor de tabaco que impregnaba á la Tribuna le envolvía. Disipáronse sus escrúpulos y reiteró los juramentos y las promesas más solemnes.

Iba acabando de cerrar la noche, y un cuarto de amorosa luna hendía como un alfanje de plata los acumulados nubarrones. Por el camino real, mudo y sombrío, no pasaba nadie.